



PEREGRINOS DE
ESPERANZA

REFLEXIONES DE ADVIENTO DEL

POPE FRANCIS

PARA EL AÑO JUBILAR 2025

PEREGRINOS DE ESPERANZA

Mientras nos preparamos como “Peregrinos de Esperanza” para entrar en el espíritu del Año Jubilar que comienza en la víspera de Navidad con la apertura de la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro en Roma, los temas habituales de Adviento de expectativa y esperanza nos ayudan a centrarnos en el significado de nuestra peregrinación cristiana, que, como nos recuerda el Papa Francisco, es “Buscar a Jesús, encontrar a Jesús, seguir a Jesús, ir a habitar donde Él vive, para escuchar su Palabra de vida.”

Nuestra peregrinación es tanto un viaje exterior para encontrarnos con el Cristo resucitado, como un viaje interior con Cristo mientras profundizamos nuestra relación con él. Así, el Papa Francisco desea que este Año Jubilar sea un tiempo “para alentar y sostener la esperanza que guía nuestros pasos hacia el objetivo de un encuentro genuino y personal con el Señor Jesús resucitado, quien no solo es el destino de nuestra peregrinación terrenal sino también una presencia constante en nuestras vidas.”

Y como la celebración de la divina encarnación en Navidad, a la que nos conducen nuestros pasos de Adviento, nos recuerda, Dios no quiere solo estar con nosotros de una manera externa, sino que quiere venir a morar dentro de nosotros—el verdadero significado de la “gracia santificante,” la propia vida de Dios a través del Espíritu Santo latiendo dentro de nosotros, vivificándonos y preparándonos para una vida eterna en unión con Dios. Así que cada día de este Adviento, a través de nuestra reflexión sobre las palabras del Papa Francisco, nuestra meditación sobre los pasajes de las Escrituras seleccionados, nuestra oración de conversación íntima con Dios y nuestras acciones en imitación de Jesús, nos acercaremos cada vez más en nuestra peregrinación para encontrarnos con Aquel que nos llama a la intimidad, siempre camina con nosotros y desea desesperadamente morar dentro de nosotros. “¡Ven, Señor Jesús, ven!” (Ap 22:20)

—*Steve Mueller, Editor*

AGRADECIMIENTOS

Las reflexiones del Papa Francisco están adaptadas de sus encíclicas papales, bulas, exhortaciones apostólicas, audiencias semanales, discursos, mensajes, homilías, cartas y libros.

ADVIENTO: UN TIEMPO DE EXPECTATIVA Y ESPERANZA

“La esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado.”

(Rom 5:5)



El Adviento, que nos prepara para la Navidad, es un tiempo de expectativa y esperanza en el que centramos nuestra atención en nuestro encuentro con Jesús, primero durante nuestra vida y luego al final cuando lo encontraremos cara a cara. Para un cristiano, lo más

importante es el encuentro continuo con el Señor, nuestro estar con el Señor hasta que finalmente lo encontremos en nuestra muerte. El Señor viene todos los días, para que, con su gracia, podamos hacer el bien en nuestras propias vidas y en las vidas de los demás. Nuestro Dios es un Dios-que-viene, que continuamente viene. Nuestra espera no será defraudada por Dios, quien nunca defrauda. Dios tal vez nos haga esperar unos momentos en la oscuridad para permitir que nuestra expectativa madure, pero Dios nunca defrauda. El Señor siempre viene, así que siempre está a nuestro lado. A veces Dios no se deja ver, pero Dios siempre viene. Por lo tanto, particularmente en esta temporada de Adviento, que es el tiempo de espera, en el que nos preparamos para recibir una vez más el reconfortante misterio de la Encarnación y la luz de la Navidad, es importante reflexionar sobre la esperanza. No debemos dejar que la esperanza nos abandone, porque Dios, con su amor, camina con nosotros. Permitamos que el Señor nos enseñe lo que significa esperar.

¿Qué es lo que más deseo que suceda este Adviento para profundizar mi experiencia de Dios en mi vida?

ADVIENTO: UN LLAMADO CONTINUO A LA ESPERANZA

“¿Qué gran nación tiene un dios tan cerca de ella como el SEÑOR nuestro Dios está de nosotros?” (Dt 4:7)

El Adviento es un llamado continuo a la esperanza: nos recuerda que Dios está presente en la historia para llevarla a su objetivo final y llevarnos a su plenitud, que es el Señor, el Señor Jesucristo. Dios está presente en la historia de la humanidad, “Dios-con-nosotros” y no distante. Dios está siempre con nosotros, hasta el punto de que muy a menudo Dios toca a la puerta de nuestro corazón (Ap 3:20). Dios camina a nuestro lado para apoyarnos. Cada uno de nosotros puede decir: “Espero, tengo esperanza, porque Dios camina conmigo.” El Señor no nos abandona, sino que nos acompaña a través de los eventos de nuestras vidas para ayudarnos a descubrir el significado del viaje y el significado de la vida cotidiana, para darnos valor cuando estamos bajo presión o cuando sufrimos. Miremos a Jesús, que siempre camina a nuestro lado, que acepta nuestras debilidades, comparte nuestros esfuerzos y apoya su firme y suave brazo en nuestros hombros débiles. En medio de las tormentas de la vida, Dios siempre nos extiende su mano y nos libera de las amenazas. Qué afortunados somos de tener esta gracia de tener a Dios cerca de nosotros. Esperamos a Dios, esperamos que Dios se manifieste, pero al mismo tiempo, ¡Dios también espera que nos manifestemos a él!

¿Cuándo y cómo he experimentado más a Dios y a Jesús conmigo durante los últimos meses?

LA VIDA ES UN VIAJE PARA ENCONTRARSE CON JESÚS

“No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores.” (Mc 2:17)



La vida es un viaje para encontrarse con Jesús ahora y al final de nuestra vida terrenal. Un viaje en el que no nos encontramos con Jesús no es un viaje cristiano. Para el cristiano, es encontrarse continuamente con Jesús, observarlo, dejarse observar por Jesús, porque Jesús nos observa con amor. Nos ama tanto y siempre nos está vigilando. Encontrarse con Jesús también significa dejarse mirar por él. “Pero, Padre,” podría decir uno, “sabes que este viaje es horrible para mí, soy tan pecador, entonces ¿cómo puedo atreverme a encontrarme con Jesús?” Sin embargo, en su ministerio, las personas que Jesús más buscaba eran los pecadores más grandes. Así que algunas personas—las que se creían justas—lo criticaban diciendo “este no es un verdadero profeta, ¡mira la compañía tan agradable que mantiene! Estaba comiendo y bebiendo con pecadores.” Y Jesús respondió: “He venido por aquellos que necesitan salvación, que necesitan curación.” Y en nuestras vidas, Jesús siempre viene a perdonarnos—todos somos pecadores—y a curarnos. Y el Sacramento de la Reconciliación en el que recibimos este perdón es un encuentro con Jesús que activa una vez más su poder para perdonar. Encontrarse con Cristo, dejarse atrapar y guiar por su amor, amplía los horizontes de nuestra existencia y nos da una esperanza firme que no defrauda. La esperanza es vivir para nuestro encuentro con Jesús y Dios.

*¿Qué necesito hacer ahora para renovar mi esperanza
de encontrarme con Jesús y Dios?*

EL VIAJE DE LA ESPERANZA COMIENZA CON EL DESEO

“No acumulen para ustedes tesoros en la tierra...sino acumulen tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el óxido destruyen, ni los ladrones se meten a robar. Porque donde está tu tesoro, allí también estará tu corazón.” (Mt 6:19-21)

Todos saben lo que es esperar. En el corazón de cada persona, la esperanza reside como el deseo y la expectativa de cosas buenas por venir, a pesar de que no sabemos qué traerá el futuro. Estamos llamados a viajar hacia Jesús, lo cual siempre comienza con un profundo deseo y celo interior. La crisis de fe en nuestras vidas y en nuestras sociedades también tiene que ver con el eclipse del deseo de Dios. Está relacionado con un adormecimiento del espíritu, con el hábito de estar contentos con vivir día a día, sin nunca preguntar qué es lo que Dios realmente quiere de nosotros. Saciados de muchas cosas, no sentimos hambre de Dios y dejamos que se evapore el anhelo de cosas mayores. Desear significa mirar más allá de lo inmediato y visible y abrazar la vida como un misterio que nos supera y nos invita a mirar hacia el futuro. Porque así nos hizo Dios: llenos de deseo. Sin exageración, podemos decir que somos lo que deseamos. Porque son nuestros deseos los que amplían nuestra mirada y dirigen nuestras vidas hacia adelante, más allá de las barreras del hábito, más allá del consumismo banal, más allá de una fe gris y monótona, más allá del miedo de involucrarse y servir a los demás y al bien común. La esperanza, si quiere crecer, debe comenzar siempre de nuevo. Necesita ser encendida por un deseo santo de aceptar el desafío de entrar en una relación viva y vibrante con Dios.

*¿Cómo revelan mis deseos lo que realmente son mis esperanzas?
¿Dónde se encuentra mi esperanza de encontrarme con Cristo?*

RENOVANDO NUESTRO DESEO DE ENCONTRARNOS CON CRISTO

“Busquen al SEÑOR mientras se deja encontrar, llámenlo mientras está cerca. Que el malvado abandone su camino, y el pecador sus pensamientos. Que se vuelva al SEÑOR para encontrar misericordia; a nuestro Dios, que es generoso en perdonar.” (Is 55:6-7)

En el viaje de la vida y la fe, el deseo nos lleva a la adoración y la adoración renueva nuestro deseo. Porque nuestro deseo de Dios solo puede crecer cuando nos ponemos en su presencia. Porque solo Jesús sana nuestros deseos. ¿De qué? De la tiranía de las necesidades. De hecho, nuestros corazones se enferman siempre que nuestros deseos coinciden meramente con nuestras necesidades. Dios, por otro lado, eleva nuestros deseos, purificándolos y sanándolos del egoísmo, abriéndolos al amor por él y por nuestros hermanos y hermanas. Pongámonos de nuevo en el camino hacia Cristo. No dejemos que la apatía y la resignación tengan el poder de empujarnos a una existencia triste y banal. Que nuestros corazones inquietos abracen la inquietud del Espíritu. El mundo espera de los creyentes un nuevo estallido de entusiasmo por las cosas del cielo. La temporada de Adviento nos presenta un mensaje lleno de esperanza y reaviva en nosotros la memoria de la venida histórica de Cristo y la expectativa de su regreso glorioso. Durante estas cuatro semanas, estamos llamados a dejar atrás una forma de vida resignada y rutinaria y a avanzar, nutriendo la esperanza, nutriendo los sueños de un nuevo futuro para encontrarnos con Dios, y al mismo tiempo, dejarnos encontrar por él. Como buscadores inquietos de la unión con Dios y peregrinos de esperanza, permanezcamos abiertos a las sorpresas de Dios.

¿Cómo podría renovar mi deseo de estar más profundamente unido a Jesús?

¿QUÉ ESTÁS BUSCANDO?

“Jesús se volvió y vio a dos de los discípulos de Juan el Bautista siguiéndolo y les dijo, ‘¿Qué buscan?’ Ellos le dijeron, ‘Rabí’ (que traducido significa Maestro), ‘¿dónde te quedas?’ Él les dijo, ‘Vengan y verán.’”

(Jn 1:38-39)



El viaje de fe para los discípulos de todos los tiempos comienza con la pregunta que Jesús hace a los dos que, instigados por el Bautista, se ponen en camino para seguirlo: “¿Qué buscan?” (v. 38). Cada uno de nosotros, como ser humano, está buscando: buscando felici-

dad, buscando amor, una vida buena y plena. Dios Padre nos ha dado todo esto en su Hijo Jesús. Solo el encuentro con Jesús puede dar pleno sentido a nuestra vida y hacer fructíferos nuestros planes e iniciativas. No basta con construir una imagen de Dios basada en las palabras que se escuchan; uno debe ir en busca del Maestro divino. La vida de fe consiste en el deseo de permanecer en el Señor, y así en una búsqueda continua del lugar donde él vive. Esto significa que estamos llamados a superar una religiosidad metódica y predecible, reavivando el encuentro con Jesús en la oración, en la meditación de la Palabra de Dios y en la práctica de los Sacramentos, para permanecer con él y dar fruto gracias a él, a su ayuda y a su gracia. Buscar a Jesús, encontrar a Jesús, seguir a Jesús, ir a habitar donde él vive, para escuchar su Palabra de vida, adherirse a él que quita el pecado del mundo, recuperar en él la esperanza y la inspiración espiritual. Este es nuestro viaje.

¿Cómo respondería yo a la pregunta de Jesús sobre qué estoy buscando de él?

ENCONTRÁNDOSE CON JESÚS POR PRIMERA VEZ

“Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, o sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos extranjero y te recibimos, o desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y te visitamos?”
(Mt 25:37-39)

*H*ay algo de lo que a menudo luchamos por hablar y es lo más hermoso que tenemos para compartir: nuestro propio encuentro personal con Jesús. Ya sea que lo reconocieramos en ese momento o solo más tarde, cada uno de nosotros ha tenido un primer encuentro con Jesús, ya sea como niño, como adolescente, como joven o como adulto. Cada uno de nosotros podría decir mucho sobre cómo el Señor nos ha tocado, y compartir los momentos únicos en los que percibimos al Señor resucitado vivo y cerca, que encendió alegría en nuestros corazones o secó nuestras lágrimas, que transmitió confianza y consuelo, fuerza y entusiasmo, o perdón y ternura. Necesitamos compartir estos encuentros en la familia, en la comunidad, con amigos. Hace bien hablar sobre las buenas inspiraciones que nos han guiado en la vida, los buenos pensamientos y sentimientos que tanto nos ayudan a avanzar, y también sobre nuestros esfuerzos y trabajos para entender y progresar en la vida de fe. Jesús nos invita a compartir su alegría, a vivir y ofrecer con alegría cada momento de nuestra vida, haciéndolo convertirse al mismo tiempo en un regalo de amor para las personas que nos rodean. Si entendemos esto, todo cambia. Muchos hombres y mujeres aún viven con corazones cerrados. Debemos abrir nuestros corazones y estar listos para las sorpresas, es decir, para un cambio inesperado en nosotros y en nuestras vidas.

¿Cuándo experimenté por primera vez a Jesús invitándome a una relación más personal?

RECORDANDO NUESTRO PRIMER ENCUENTRO CON JESÚS

“SEÑOR, tú me has examinado, tú me conoces...Por detrás y por delante me rodeas y pones tu mano sobre mí. Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí, demasiado alto para que lo alcance.”
(Sal 139:1, 5-6)



Cada encuentro auténtico con Jesús permanece vivo en la memoria y nunca se olvida. El Señor siempre nos lleva de vuelta al primer encuentro, al primer momento en que nos miró, nos habló y despertó en nosotros el deseo de seguirlo. Un verdadero encuentro con Jesús permanece para siempre. Consideremos esta experiencia de encontrarnos con Cristo, quien nos llama a permanecer con él. Cada uno de los llamados de Dios es una iniciativa de su amor, pues Dios siempre toma la iniciativa. Dios te llama a la vida, a la fe y a un estado particular en la vida: “Te quiero aquí.” El primer llamado de Dios es a la vida, a través del cual Dios nos hace personas, lo cual es un llamado individual y personal. Luego, Dios nos llama a la fe y a formar parte de la familia de Dios como hijos de Dios. Finalmente, Dios nos llama a un estado particular en la vida donde debemos usar nuestros dones. Son diferentes maneras de realizar el diseño amoroso que Dios tiene para cada uno de nosotros. Y la mayor alegría para cada creyente es responder a ese llamado cuando Jesús te miró con amor y dijo: “Este es tu camino;” cuando Jesús, a través de tantas personas, me hizo entender el camino del Evangelio y no otro camino mundano con otros valores. Nunca debemos olvidar nuestro primer encuentro que fue tan crucial, tan completo, que cambió nuestras vidas.

¿Qué recuerdas más sobre tu “llamado” o invitación a seguir a Jesús de una manera más adulta?

JESÚS NUESTRO COMPAÑERO DE PEREGRINACIÓN

“¿Acaso no ardían nuestros corazones mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?” (Lc 24:32)

Una persona es cristiana porque ha conocido a Jesús o se ha dejado encontrar con él. Nacimos con una semilla de inquietud. Dios lo quiso así: una ansiedad por encontrar la plenitud, una ansiedad por encontrar a Dios. Muchas veces, incluso sin saber que tenemos esta preocupación, nuestros corazones están inquietos, sedientos de un encuentro con Dios. Lo buscamos muchas veces en el camino equivocado y luego, cuando nos perdemos, volvemos a buscarlo de nuevo. Por otro lado, Dios tiene sed de encontrarnos, tanto que envió a Jesús a encontrarnos, a venir y satisfacer este deseo divino. Jesús camina con nosotros y toma sobre sí nuestros miedos, nuestros problemas y nuestros sufrimientos, incluso aquellos que son más profundos y dolorosos. Existe una antigua regla de los peregrinos que dice que el verdadero peregrino debe ir al paso de la persona más lenta del grupo. Y Jesús hace esto, no acelerando, sino esperando que demos el primer paso. Así es como ocurre el encuentro. Pero el encuentro abarca todo el viaje. Nos encontramos con Jesús en la oscuridad de nuestras dudas. Incluso en la fea duda de nuestros pecados, él siempre está con nosotros para ayudarnos en nuestras ansiedades. El Señor nos acompaña porque quiere encontrarnos, escucharnos y responder. Por eso decimos que el núcleo del cristianismo es un encuentro con Jesús. Él es nuestro compañero de peregrinación.

¿Cómo puedo encontrar más tiempo para acoger a Jesús como un compañero constante en mi vida?

BUSCANDO EL ROSTRO DE DIOS

“¿Que se alegren los corazones que buscan al SEÑOR! Busquen al SEÑOR y su poder; busquen siempre su rostro. Recuerden las maravillas que ha hecho, sus prodigios y juicios.” (Sal 105:3-5)



La búsqueda del rostro de Dios es fundamental para la vida de todo creyente, pues hemos llegado a comprender que nuestro objetivo último en la vida es el encuentro con Dios. Ver el rostro misericordioso de Dios, el Padre que nos ha dado a Jesús, es nuestro destino y la estrella guía que nos ayuda a no perdernos. La abundancia, la prosperidad y la riqueza a menudo nos hacen alejarnos del Señor y nos llenan en cambio de falsedad e injusticia. La cultura del confort, que nos hace pensar solo en nosotros mismos, nos vuelve insensibles a los gritos de los demás. Hoy necesitamos una convocatoria renovada a la conversión, un llamado a volver nuestros ojos hacia el Señor y reconocer su rostro. Nuestros esfuerzos por buscar el rostro de Dios nacen del deseo de un encuentro con el Señor, un encuentro personal con el inmenso amor de Dios, con el poder salvador de Dios. Este tipo de encuentro personal con Jesucristo también es posible para nosotros, los discípulos del tercer milenio. En nuestro esfuerzo por buscar el rostro del Señor, debemos aprender a mirar de cerca, debajo de la superficie, y reconocerlo en los rostros de los pobres, los enfermos, los abandonados y los extranjeros que Dios coloca en nuestro camino. Este encuentro se convierte también para nosotros en un tiempo de gracia y salvación, y nos llama a continuar la misión que Jesús nos encomendó a sus discípulos.

¿Qué necesito hacer más para buscar una mayor unión y reorientar mi vida hacia Dios?

AVANZANDO SIEMPRE HACIA EL HORIZONTE DE LA ESPERANZA

“Aunque no han visto a Cristo, lo aman; aunque no lo ven ahora, creen en él y se alegran con un gozo indescriptible y glorioso, al alcanzar la meta de su fe, la salvación de sus almas.” (1 Pe 1:8-9)

La vida misma es una peregrinación, y el ser humano es un peregrino que viaja por el camino, haciendo su camino hacia el destino deseado. ¿A dónde vamos? ¿Hay un objetivo común? ¿Y cuál es este objetivo? El nuestro es una peregrinación universal hacia un objetivo común, un reino de justicia, amor y paz. Este viaje nunca llega a su fin. Al igual que en cada una de nuestras vidas siempre necesitamos comenzar de nuevo, levantarnos de nuevo, redescubrir el significado del objetivo de nuestras vidas, también para la gran familia humana es siempre necesario redescubrir el horizonte común hacia el cual estamos viajando. El horizonte de la esperanza hace un buen viaje. La temporada de Adviento restaura este horizonte de esperanza, una esperanza que no decepciona porque está fundada en las promesas de la Palabra de Dios. Invito a todos a una esperanza renovada, porque la esperanza nos habla de algo profundamente arraigado en cada corazón humano, independientemente de nuestras circunstancias y condicionamientos históricos. La esperanza nos habla de una sed, una aspiración, un anhelo de una vida de plenitud, un deseo de alcanzar grandes cosas que llenen nuestro corazón y eleven nuestro espíritu a realidades elevadas como la verdad, la bondad y la belleza, la justicia y el amor. La esperanza es audaz; puede mirar más allá de la conveniencia personal, las pequeñas seguridades y compensaciones que limitan nuestro horizonte, y puede abrirnos a grandes ideales que hacen la vida más hermosa y valiosa. Continuemos, entonces, avanzando por los caminos de la esperanza.

¿Cuándo y cómo he experimentado más el anhelo de estar unido a Dios?

EMBAJADORES DE LA ESPERANZA

*“Acepten unos a otros, así como Cristo los aceptó, para la gloria de Dios.”
(Rom 15:7)*



Nuestro destino es el reino de Dios, que Dios mismo inauguró en esta tierra y que debe ser extendido hasta su cumplimiento, cuando Cristo, nuestra vida, se manifestó. El objetivo es la plena comunión con el Señor, la familiaridad con el Señor, la entrada en su propia vida divina, donde viviremos en la alegría de su amor sin medida, una alegría plena. Esta es la esperanza que nos despierta cada mañana. Creemos que cada afecto, cada amistad, cada buen anhelo, cada amor, incluso el más pequeño y descuidado, un día encontrará su cumplimiento en Dios. Este es el poder que nos impulsa a abrazar nuestra vida cotidiana con entusiasmo. Y esta es nuestra esperanza: vivir en esperanza y vivir en luz, en la luz de Dios el Padre, en la luz de Jesús el salvador, en la luz del Espíritu Santo que nos urge a avanzar en la vida. Nuestra tarea es proclamar y llevar la salvación de Dios a este mundo nuestro, tan a menudo desviado, necesitado de respuestas que den valor, esperanza y nuevo vigor para el camino. Seamos embajadores de la misericordia y esperanza de Dios, para construir el reino de Dios ahora en nosotros mismos, nuestras familias y nuestras comunidades, y para que todos se sientan bienvenidos, amados, perdonados y animados a seguir el camino que conduce a Dios viviendo una vida según el Evangelio.

¿Cómo podría cambiar más mi vida diaria debido a mi deseo de una mayor unión con Dios?

ALEGRÍA DE SER HERALDOS DE MISERICORDIA Y ESPERANZA

“El arrepentimiento y el perdón de los pecados deben proclamarse en su nombre a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén.” (Lc 24:47)

El Evangelio te permite conocer al verdadero Jesús, al Jesús vivo. Habla a tu corazón y cambia tu vida. El Evangelio es el verdadero antídoto contra la indigencia espiritual. Dondequiera que vayamos, estamos llamados como cristianos a proclamar la noticia liberadora de que el perdón de los pecados cometidos es posible, que Dios es mayor que nuestra pecaminosidad, que Dios nos ama libremente en todo momento y que fuimos hechos para la comunión y la vida eterna con Dios. El Señor nos pide ser heraldos gozosos de este mensaje de misericordia y esperanza. Es emocionante experimentar la alegría de difundir esta buena noticia, compartir el tesoro que se nos ha confiado, consolar corazones rotos y ofrecer esperanza a nuestros hermanos y hermanas que experimentan la oscuridad. Significa seguir e imitar a Jesús, que buscaba a los pobres y pecadores como un pastor que busca amorosamente a su oveja perdida. En unión con Jesús, podemos abrir con valentía nuevos caminos de evangelización y promoción de la dignidad humana. Por lo tanto, tomemos en serio nuestra vocación cristiana y comprometámonos a vivir como creyentes, porque solo entonces el Evangelio puede tocar el corazón de una persona y abrirlo para recibir la gracia del amor, para recibir esta gran misericordia de Dios que todo lo acoge. Abran sus corazones al Padre misericordioso de Dios que nunca se cansa de perdonarnos. Ante los desafíos de la vida cotidiana, sean ejemplos brillantes de esperanza cristiana, que es la certeza de la victoria del amor sobre el odio y de la paz sobre la guerra.

¿Cómo puedo ser un mejor heraldo de misericordia y esperanza con los que me encuentro hoy?

ESPERANDO LAS COSAS NO VISTAS

“No miren las cosas que se ven, sino las cosas que no se ven; porque las cosas que se ven son transitorias, pero las cosas que no se ven son eternas.” (2 Cor 4:18)

Un viaje siempre implica una transformación, un cambio. Después de un viaje, ya no somos los mismos. Siempre hay algo nuevo en aquellos que han hecho un viaje: han aprendido cosas nuevas, encontrado nuevas personas y situaciones, y encontrado fuerza interior en medio de las dificultades y riesgos que encontraron en el camino. Nadie adora al Señor sin antes experimentar el crecimiento interior que viene de embarcarse en un viaje. Nosotros también debemos permitirnos aprender del viaje de la vida, marcado por los inconvenientes inevitables del viaje. No podemos dejar que nuestro cansancio, nuestras caídas y nuestros fracasos nos desanimen. En cambio, al reconocerlos humildemente, debemos convertirlos en oportunidades para progresar hacia el Señor Jesús. La vida no se trata de mostrar nuestras habilidades, sino de un viaje hacia Aquel que nos ama. No debemos mostrar nuestras virtudes en cada paso de nuestra vida; más bien, con humildad, debemos viajar hacia el Señor. Al mantener nuestra mirada fija en el Señor, encontraremos la fuerza necesaria para perseverar con renovada alegría y desarrollar una forma de “ver” que trasciende lo visible y nos permite adorar al Señor que a menudo está oculto en las situaciones cotidianas, en los pobres y en los marginados. Una forma de ver las cosas que no se impresiona con el ruido y la furia, sino que busca en cada situación las cosas que realmente importan, y que busca al Señor.

¿Cómo he cambiado más al acercarme a Dios y a Jesús?

LA ESPERANZA Y LA ALEGRÍA SE FUNDAN EN LA FIDELIDAD DE DIOS

“Ustedes que temen al Señor, esperen cosas buenas, alegría duradera y misericordia.” (Eclesiástico 2:9)



La alegría cristiana, al igual que la esperanza, se fundamenta en la fidelidad de Dios, en la certeza de que Dios siempre cumple sus promesas. Dios no ha abandonado a su pueblo, y no lo ha dejado ser vencido por el mal, porque Dios es fiel, y la gracia de Dios es mayor que el pecado. Debemos aprender esto porque somos tercos y a menudo no aprendemos. Sin embargo, ¿qué es mayor, Dios o el pecado? ¡Dios! ¿Y quién es victorioso al final, Dios o el pecado? ¡Dios! ¿Es Dios capaz de vencer el más grave, el más vergonzoso, el más terrible y el peor de los pecados? ¿Con qué arma vence Dios al pecado? ¡Con el amor! Esto significa que “Dios reina.” Estas palabras expresan nuestra fe en un Señor cuyo poder se inclina hacia la humanidad para ofrecer misericordia y liberar a hombres y mujeres de todo lo que desfigura en ellos la hermosa imagen de Dios, porque cuando estamos en pecado la imagen de Dios se desfigura. El cumplimiento de tanto amor será el reino instituido por Jesús, ese reino de perdón y paz que celebramos en Navidad. Estamos llamados a convertirnos en hombres y mujeres de esperanza, cooperando en la venida de este reino. Que cada día Dios nos dé a nosotros y a todos esa esperanza que surge cuando vemos a Dios en el pesebre en Belén, para lo cual nos estamos preparando en esta temporada de Adviento. Ver a Jesús, encontrar a Jesús: ¡esta es nuestra alegría!

*¿Cuándo he experimentado la mayor alegría en mi relación con Dios?
¿Con qué resultados?*

LA ESPERANZA ESCONDIDA EN LA VIDA COTIDIANA

“SEÑOR, ten piedad de nosotros; a ti esperamos. Sé nuestra fortaleza cada mañana, nuestra salvación en tiempos de angustia.” (Is 33:2)

La esperanza no es algo abstracto, sino que significa vivir a la espera del encuentro concreto con Jesús. Y la sabiduría consiste en poder regocijarse en los pequeños encuentros diarios de nuestra vida con Jesús. Dios nos está guiando en el viaje hacia nuestra herencia, seguros de que Dios está con nosotros y que lo que buscamos en nuestro viaje lo recibiremos al final. La esperanza nos lleva adelante en el viaje hacia esa herencia. Vivir en esperanza es viajar hacia una recompensa, sí, hacia una felicidad que no tenemos ahora pero que tendremos entonces. La esperanza es una virtud difícil de entender. Es una virtud humilde, pero nunca defrauda. También es una virtud concreta y cotidiana que nos dirige hacia nuestro encuentro con Jesús. Y cada vez que encontramos a Jesús en la Eucaristía, en la oración, en el Evangelio, en los pobres, en la vida de la comunidad, damos otro paso hacia este encuentro definitivo al final de nuestras vidas. Así que nos regocijamos en los pequeños encuentros de la vida diaria preparándonos para ese encuentro definitivo. Acojamos a Jesús y expresamos nuestra alegría por acompañarlo, por saberlo cercano, presente en nosotros y entre nosotros como amigo, hermano y también como rey. Jesús es Dios, pero se humilló para caminar con nosotros como nuestro amigo y hermano e iluminar nuestro camino (Jn 14:5-7).

¿Cómo puedo encontrar más tiempo para encontrarme con Jesús leyendo sus palabras en los Evangelios?

MANTENIENDO NUESTROS OJOS FIJOS EN JESÚS

“Despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con perseverancia la carrera que tenemos por delante, manteniendo nuestros ojos fijos en Jesús, el líder y perfeccionador de la fe.” (Heb 12:1-2)



El autor de la Carta a los Hebreos nos recuerda que un punto de referencia importante para nuestras vidas cristianas es nuestra esperanza. Debemos tener el valor de avanzar, perseverando en correr la carrera que tenemos por delante, indicando cuál es el núcleo de la esperanza: “manteniendo nuestros ojos fijos en Jesús.” Este es el punto: si no mantenemos nuestros ojos fijos en Jesús, nos resulta difícil tener esperanza. Quizás podamos ser optimistas, o positivos, pero esperanza, no. Después de todo, la esperanza se aprende solo mirando a Jesús, contemplando a Jesús, lo que aprendemos a través de la oración contemplativa, que solo se puede hacer con el Evangelio en mano. Básicamente, tomas el Evangelio, seleccionas un pasaje, lo lees una vez, lo lees dos veces. Luego te imaginas en la escena, imaginas lo que está sucediendo y hablas con Jesús sobre lo que surge de tu corazón. Y de esta manera, permitimos que la esperanza crezca porque tenemos nuestros ojos fijos en Jesús. La oración contemplativa nos ayuda a tener esperanza y nos enseña a vivir de la sustancia del Evangelio manteniendo nuestros ojos fijos en Jesús como nuestro ejemplo. De esto proviene la esperanza. Y también de esta manera, nuestra vida cristiana se mueve entre la memoria y la esperanza: la memoria de tantas gracias recibidas del Señor; y la esperanza, mirando al Señor, que es el único que puede darnos esperanza.

¿Qué me desafía más a quitar mis ojos de Jesús como mi modelo y el objetivo de mi viaje de vida?

SIERVOS GOZOSOS DE LA ESPERANZA

“Estoy convencido de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las cosas presentes, ni las cosas futuras, ni los poderes, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios en Cristo Jesús nuestro Señor.” (Rom 8:38-39)

Nuestra esperanza cristiana, que no es mero optimismo, ni una actitud psicológica o deseo de ser valientes, es un don que Dios nos da si salimos de nosotros mismos y abrimos nuestros corazones a Dios. Esta esperanza no nos defrauda porque el Espíritu Santo ha sido derramado en nuestros corazones (Rom 5:5). El Espíritu Santo no hace que todo parezca atractivo ni elimina el mal con una varita mágica. Más bien, nos infunde la vitalidad de la vida, que no es la ausencia de problemas, sino la certeza de ser amados y siempre perdonados por Cristo, quien por nosotros ha vencido el pecado, venció la muerte y venció el miedo. Así, nada ni nadie podrá separarnos del amor de Dios. El Señor está vivo y no nos abandona, sino que siempre está obrando en la historia a través de su Espíritu Santo. Después de haberlo encontrado, cada persona es enviada por él a anunciar el mensaje del evangelio, a despertar y resucitar la esperanza en los corazones cargados de tristeza, en aquellos que luchan por encontrar sentido a la vida. Como siervos gozosos de la esperanza, debemos proclamar el Evangelio de una manera nueva con nuestras vidas y con nuestro amor; de lo contrario, seremos solo una organización internacional llena de seguidores y buenas reglas, pero incapaz de ofrecer la esperanza que el mundo anhela. De esta manera, Jesús viene a nacer de nuevo en cada una de nuestras vidas y, a través de nosotros, continúa siendo el don de salvación para los demás.

¿Cómo he experimentado más a Jesús presente conmigo en mi camino diario?

EL TIPO DE ESPERANZA DEL ESPÍRITU SANTO

“Que el Dios de la esperanza los llene de todo gozo y paz en la fe, para que abunden en esperanza por el poder del Espíritu Santo.”
(Rom 15:13)



Nuestra esperanza cristiana no es una esperanza pasajera. Las esperanzas terrenales son efímeras y siempre tienen una fecha de caducidad. Están hechas con ingredientes terrenales que tarde o temprano se echan a perder. La esperanza del Espíritu Santo tiene una larga vida útil. No caduca porque está basada en la fidelidad de Dios. Por su presencia perenne en la vida de la Iglesia peregrina, el Espíritu Santo ilumina a todos los creyentes con la luz de la esperanza. La esperanza del Espíritu Santo nace en lo profundo de nuestro corazón y reaviva la certeza de que somos valiosos porque somos amados. Infunde la confianza de que no estamos solos. Es una esperanza que deja paz y alegría dentro, independientemente de lo que suceda afuera. Es una esperanza que tiene raíces fuertes que ninguna de las tormentas de la vida puede arrancar y por eso “no nos defrauda” (Rom 5:5). Esta esperanza persevera en medio de las pruebas porque está fundada en la fe y alimentada por la caridad, por lo que nos permite avanzar en la vida. Cuando estamos sufriendo o heridos, tendemos a construir un muro alrededor de nuestras penas y nuestros miedos. Pero el Espíritu nos libera de nuestros muros y nos revela el maravilloso destino para el cual nacimos. El Espíritu nos nutre con esperanza viva. Invitémoslo a que entre en nosotros y esté cerca de nosotros. ¡Ven, Espíritu Consolador! Ven a darnos algo de luz, a darnos la esperanza que no defrauda. ¡Ven, Espíritu Santo!

¿Cómo he experimentado la presencia del Espíritu Santo en mi vida?

¡VEN A MÍ!

“En la casa de mi Padre hay muchas moradas....Y si me voy y les preparo un lugar, volveré y los llevaré conmigo, para que donde yo esté también estén ustedes.” (Jn 14:2-3)



El servicio de la fe al bien común es siempre uno de esperanza, una esperanza que siempre mira hacia adelante sabiendo que solo de Dios, del futuro que viene de Jesús resucitado, nuestra sociedad puede encontrar fundamentos sólidos y duraderos. En este sentido, la fe está vinculada a la esperanza, porque incluso si nuestra morada aquí abajo se está desgastando, tenemos una morada eterna que Dios ya ha preparado en Cristo, en su cuerpo resucitado (2 Cor 4:16-5:5). La dinámica interrelación de fe, esperanza y caridad (1 Tes 1:3; 1 Cor 13:13) nos lleva a abrazar las preocupaciones de todos los hombres y mujeres en nuestro viaje hacia nuestro encuentro final con Dios. En unión con la fe y la caridad, la esperanza nos impulsa hacia un futuro seguro, enfrentado a un horizonte diferente respecto a los engaños ilusorios de los ídolos de este mundo, pero otorgando nuevo impulso y fuerza a nuestras vidas diarias. No permitamos que nos roben la esperanza, ni dejemos que nuestra esperanza se desvanezca con respuestas y soluciones fáciles que bloquean nuestro progreso, y en cambio, en nuestro tiempo de espera y anhelo, avancemos hacia el futuro confiando en el cumplimiento de las promesas de Dios y esperando escuchar un día a Dios decir: “Ven, ven a mí, hermano; ven, ven a mí, hermana, por toda la eternidad.”

¿Cómo ha enfocado e influido más mi esperanza de unión con Dios en mis palabras y acciones?

UN TIEMPO PARA ELEGIR

“Nadie puede servir a dos señores; porque odiará a uno y amará al otro, o será leal a uno y despreciará al otro” (Mt 6:24).

¿Cuántas dificultades están presentes en la vida de cada individuo, entre nuestra gente, en nuestras comunidades? Sin embargo, por grandes que parezcan, Dios nunca nos permite ser abrumados por ellas. En esos momentos de desaliento que experimentamos en la vida, en nuestros esfuerzos por evangelizar o por encarnar nuestra fe como padres dentro de la familia, siempre sepan en su corazón que Dios está a su lado y nunca los abandona. ¡Nunca perdamos la esperanza! ¡Nunca permitamos que muera en nuestros corazones! El mal está presente en nuestra historia, pero no tiene la mano ganadora. El que tiene la mano ganadora es Dios, y Dios es nuestra esperanza. Es cierto que hoy en día, hasta cierto punto, todos se sienten atraídos por los muchos ídolos que toman el lugar de Dios y parecen ofrecer esperanza: dinero, éxito, poder, placer. A menudo, un creciente sentido de soledad y vacío en los corazones de muchas personas las lleva a buscar satisfacción en estos ídolos efímeros. Si bien honrar a estos ídolos conduce a resultados tangibles aunque efímeros, elegir a Dios y su reino es una decisión que se toma con esperanza y que deja su cumplimiento completo en manos de Dios. La esperanza cristiana mira hacia el cumplimiento futuro de la promesa de Dios y no se detiene ante la dificultad, porque se funda en la fidelidad de Dios, que nunca falla. Dios es siempre firme, un padre fiel, un amigo fiel y un aliado fiel.

¿Cuándo he experimentado más la presencia y la ayuda de Dios durante las dificultades de mi vida?

MARÍA, MODELO DE ESPERANZA

“Amen al SEÑOR, todos ustedes, sus fieles. El SEÑOR protege a los leales, pero paga en su totalidad a los arrogantes. Sean fuertes y valientes, todos los que esperan en el SEÑOR.” (Sal 31:24-25)



La esperanza encuentra su testigo supremo en María, la madre de Dios. En ella vemos que la esperanza no es un optimismo ingenuo sino un don de gracia en medio de las realidades de la vida. La esperanza es la virtud de aquellos que, experimentando el conflicto—la lucha entre la vida y la muerte, el bien y el mal en nosotros y en nuestras vidas—creen en la resurrección de Cristo, en la victoria del amor. El Magníficat de María (Lc 1:46-55) es un canto de esperanza, el canto del Pueblo de Dios peregrino que camina a través de la historia. Es el canto de todos los que han enfrentado la lucha de la vida llevando en su corazón la esperanza de los pequeños y los humildes. Para nosotros los cristianos, siempre debe haber esperanza. No se permitan que les roben la esperanza, porque esta esperanza es un don de Dios que nos lleva hacia adelante con nuestros ojos fijos en el cielo. El canto de María también contiene el recuerdo de su historia personal con Dios. Y esto es cierto también para cada uno de nosotros y para cada cristiano que tiene su propia memoria de la historia de Dios con nosotros, la memoria de nuestro encuentro con Dios que siempre da el primer paso, que crea, salva y nos transforma. Recordamos la palabra de Dios que calienta nuestro corazón, y de la presencia salvadora de Dios que da vida, nos purifica, nos cuida y nos alimenta. Que María, quien se preparó para la venida de Cristo con la totalidad de su existencia, nos ayude a seguir su ejemplo y guíe nuestros pasos hacia el Señor que viene.

¿Qué es lo que más me anima sobre María a esperar más en las promesas de Dios?

ANCLADOS EN LA ESPERANZA

“Que los que hemos buscado refugio en él seamos fuertemente alentados a aferrarnos a la esperanza que se nos presenta. Tenemos esta esperanza como un ancla del alma, segura y firme.” (Heb 6:18-19)

En nuestro viaje hacia Cristo, que nunca perdamos la esperanza que se nos ha dado, sino que nos aferremos a esa esperanza y encontremos en Dios nuestro refugio y nuestra fortaleza. La imagen del ancla nos ayuda a reconocer la estabilidad y seguridad que es nuestra en medio de las aguas turbulentas de esta vida, siempre que nos entreguemos al Señor Jesús. Las tormentas que nos azotan nunca prevalecerán, pues estamos firmemente anclados en la esperanza nacida de la gracia, que nos permite vivir en Cristo y superar el pecado, el miedo y la muerte. Esta esperanza, que trasciende los placeres fugaces de la vida y el logro de nuestros objetivos inmediatos, nos hace elevarnos por encima de nuestras pruebas y dificultades, y nos inspira a seguir adelante, sin perder de vista la grandeza del objetivo celestial al que hemos sido llamados. La esperanza es un don de Dios que se coloca en lo más profundo de cada corazón humano para iluminar esta vida. No hay rincón de nuestro corazón que no pueda ser tocado por el amor de Dios. Debemos hacer nuestra la esperanza de nacer a una nueva vida si queremos ser fieles a las enseñanzas de Jesús. La esperanza es el incentivo para mirar hacia el mañana y el poder para avanzar hacia el futuro y una vida cambiada. No resistamos cuando Cristo venga a cambiar nuestras vidas, sino estemos listos para dejarnos visitar por él, el esperado y bienvenido huésped, incluso si esto perturba nuestros planes.

¿Cuándo y cómo ha sido mi esperanza en Dios más parecida a un ancla para mí en tiempos de dificultad?

LA ESPERANZA VIENE AL MUNDO CON EL NACIMIENTO DE JESÚS

“He aquí, la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y lo llamarán Emanuel,” que significa “Dios con nosotros.” (Mt 1:23)



Nuestro viaje de peregrinación en el tema de la esperanza, que es tan apropiado en la temporada de Adviento, nos lleva a reflexionar más específicamente sobre el momento en que, por así decirlo, la esperanza vino al mundo con la encarnación del Hijo de Dios. En Jesús, Dios cumple la promesa de Isaías de Emmanuel, “Dios con nosotros” al volverse genuinamente humano. Sin abandonar a su pueblo, Dios se acerca al punto de despojarse de su divinidad. De esta manera, Dios muestra su fidelidad e inaugura un nuevo reino, que da una nueva esperanza a la humanidad. ¿Y cuál es esta esperanza? La vida eterna en unión con Dios. Cuando hablamos de esperanza, a menudo se refiere a lo que no está en nuestro poder realizar, lo cual es invisible. De hecho, lo que esperamos va más allá de nuestra fuerza y nuestra percepción. Pero el nacimiento de Cristo nos habla de una esperanza confiable, visible y comprensible, porque está fundada en Dios. Jesús viene al mundo y nos da la fuerza para caminar con él hacia la plenitud de la vida, para habitar el presente de una manera nueva, aunque ardua. Así que para un cristiano, esperar significa la certeza de estar en un viaje con Cristo hacia el Padre que nos espera. La esperanza nunca está quieta; la esperanza siempre está en movimiento, y así nos hace avanzar. Esta esperanza, que el niño de Belén nos da, ofrece un destino, una meta segura y continua de plena y definitiva comunión con Dios.

¿Cómo ha aumentado más mi esperanza de unión con Dios durante esta temporada de Adviento?

CONTEMPLANDO EL NACIMIENTO

“Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado; sobre su hombro descansa el dominio. Lo llamarán Maravilloso Consejero, Dios Poderoso, Padre Eterno, Príncipe de Paz. Su dominio es vasto y eternamente pacífico.” (Is 9:5-6)

El nacimiento transmite esperanza. Jesús, en quien se encuentran la esperanza de Dios y la esperanza de la humanidad, es contemplado con amor por María, la madre de la esperanza. Con su “sí” al ángel Gabriel, abrió la puerta de nuestro mundo a Dios, que la eligió porque su corazón estaba lleno de esperanza y completamente vivificado por la fe en la palabra de Dios. Ella mira a su hijo recién nacido y ve en él el amor de Dios, que viene a salvar a su pueblo y a toda la humanidad. Junto a María está José, un descendiente de Jesús y de David, quien también creyó en las palabras de un ángel, que mira a Jesús en el pesebre y se regocija de que el niño haya venido del Espíritu Santo y de que Dios quiso que se le llamara “Jesús,” que significa “Dios salva.” En ese nombre hay esperanza para cada hombre y mujer, porque a través de este niño, Dios salvará a la humanidad de la muerte y del pecado. Contemplando el nacimiento, nos preparamos para el nacimiento del Señor. Será verdaderamente una celebración si acogemos a Jesús, la semilla de esperanza que Dios siembra en los surcos de nuestra historia individual y comunitaria. Cada “sí” a Jesús que viene, es un brote de esperanza. Confíemos en este brote de esperanza, en este “sí.” “Sí, Jesús, puedes llevarnos a compartir tu relación con el Padre, y esta es la vida eterna.” ¡Una feliz y esperanzadora Navidad para todos!

¿Cómo puedo decir “sí” a Jesús, que quiere nacer en mí y acompañarme en mi camino hacia Dios?

DIOS CON NOSOTROS DE UNA MANERA SORPRENDENTE

“No recuerden los eventos del pasado, no consideren las cosas de antaño. Vean, ¡estoy haciendo algo nuevo! Ahora brota, ¿no lo perciben?” (Is 43:18-19)



Este es el mensaje de Navidad: la Palabra de Dios se hizo carne. Dios es Dios con nosotros, Dios que nos ama, Dios que camina con nosotros. Así, la Navidad revela el inmenso amor de Dios por la humanidad. De esto surge el entusiasmo, la esperanza de los cristianos, que en nuestra pobreza sabemos que somos amados, visitados y acompañados por Dios. Así que miramos al mundo y a la historia como el lugar en el que caminar juntos con Dios y Jesús y entre nosotros, hacia el nuevo cielo y la nueva tierra. Con el nacimiento de Jesús nace una nueva promesa, nace un nuevo mundo, pero también un mundo que siempre puede ser renovado. Dios siempre está presente para levantar nuevas personas que ayuden a purificar el mundo del pecado que lo desordena y corrompe. Por mucho que la historia humana y nuestra propia historia personal puedan estar marcadas por dificultades y debilidades, la fe en la Encarnación de Jesús nos dice que Dios está completamente vinculado a la humanidad y su historia (Mt 28:20). ¡Esta cercanía de Dios con la humanidad, y con cada uno de nosotros, es un don que nunca se desvanece! ¡Dios está con nosotros! ¡Jesús es Dios con nosotros! Y donde nace Dios, nace la esperanza. Jesús trae esperanza. Jesús quiere establecer con nosotros una relación que refleje su propia relación con el Padre: una relación de pertenencia recíproca en plena confianza, en comunión íntima que es la vida eterna hacia la cual estamos ahora resueltamente avanzando.

¿Cómo he cambiado debido a mi conciencia de la presencia de Dios?

DIOS HA ELEGIDO LIBREMENTE ESTAR CON NOSOTROS

“He aquí, la morada de Dios está con la raza humana. Dios habitará con ellos y ellos serán su pueblo y Dios mismo estará siempre con ellos como su Dios.” (Ap 21:3)

El nacimiento de Jesús es una fiesta de confianza y de esperanza que supera la incertidumbre y el pesimismo. Y la razón de nuestra esperanza es esta: ¡Dios está con nosotros y Dios todavía confía en nosotros! Dios elige la tierra como su morada y viene a habitar con la humanidad y a encontrarse en sus vidas. Por lo tanto, la tierra ya no es solo un valle de lágrimas sino más bien el lugar donde Dios mismo ha plantado su tienda y el lugar de encuentro de Dios con nosotros. Dios quiso compartir nuestra condición humana hasta el punto de convertirse en uno con nosotros en la persona de Jesús, quien es verdaderamente humano y verdaderamente divino. Jesús es Dios-con-nosotros siempre y para siempre con nosotros en el sufrimiento y el dolor de la historia. El nacimiento de Jesús revela que Dios “se puso de nuestro lado” una vez y para siempre, para salvarnos, para levantarnos del polvo de nuestra miseria, de nuestra dificultad, de nuestros pecados. De ahí el gran don del niño de Belén que nos trae una energía espiritual, una energía que nos ayuda a no desesperrar en nuestra lucha, en nuestra desesperanza, en nuestra tristeza, pues es una energía que calienta y transforma el corazón. En verdad, el nacimiento de Jesús nos trae la buena noticia de que somos amados inmensamente y de manera única por Dios, y no solo nos permite conocer este amor, sino que también nos lo da, ¡nos lo comunica! Esta es nuestra alegría, esta es la esperanza que debemos llevar a este mundo.

¿Cómo confirma más el nacimiento de Jesús el amor de Dios y mi esperanza de unión con Dios?

LA PEREGRINACIÓN DE LOS MAGOS PARA ENCONTRARSE CON CRISTO

“¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Vimos su estrella al salir y hemos venido a adorarlo.” (Mt 2:2)



¿Nos atrevemos a soñar, a esperar y anhelar a Dios, a esperar la novedad que Dios trae, o nos dejamos llevar por la vida, como ramas secas antes del viento? Los magos no se contentaron con solo salir adelante, con mantenerse a flote. Entendieron que para vivir verdaderamente, necesitamos una meta elevada que impulse nuestra esperanza. Su viaje fue un viaje del espíritu, un viaje hacia un encuentro con Cristo. Estaban atentos a los signos visibles que indicaban la presencia de Dios. Fueron incansables en enfrentar las pruebas de la búsqueda y valientes en deducir las implicaciones para la vida que se derivan de un encuentro con el Señor. La experiencia de los magos evoca el viaje de cada hombre y mujer que sigue sus signos particulares hacia Cristo. Para los magos, y para nosotros, buscar a Dios significa viajar mientras discernimos en el signo visible de la estrella al Dios invisible que habla a nuestros corazones. La Palabra de Dios es la luz que guía nuestro viaje, nutre nuestra fe y renueva continuamente nuestros corazones y nuestras comunidades. Por lo tanto, no olvidemos leerla y meditarla todos los días, para que se convierta para cada uno como una llama que llevamos dentro de nosotros para iluminar nuestros pasos, así como los de otros que caminan a nuestro lado, que tal vez están luchando por encontrar el camino hacia Cristo. Que veamos todas las cosas con los ojos de Jesús, para que él nos guíe en nuestro camino.

*How might I better use the Scriptures each day
to guide my journey to Christ?*

DAR: EL ESPÍRITU DE LA NAVIDAD TODO EL AÑO

“El don que has recibido, dalo gratis como un regalo.” (Mt 10:8)

*H*abiendo llegado a Jesús después de un largo viaje, los magos hacen lo que él hace por nosotros: traen regalos. Jesús ha venido a dar su vida por nosotros; ellos le ofrecen sus propios regalos costosos de oro, incienso y mirra. El Evangelio se vuelve real cuando el viaje de la vida termina en dar. Dar libremente, por amor al Señor, sin esperar nada a cambio, es la señal segura de que hemos encontrado a Jesús. Hacer el bien sin contar el costo, incluso cuando no se pide, incluso cuando no se gana nada con ello, incluso si es desagradable, es lo que Dios quiere. Jesús, que se hizo pequeño por nosotros, nos pide que ofrezcamos algo por los más pequeños de sus hermanos y hermanas. ¿Quiénes son ellos? Son aquellos que no tienen nada que dar a cambio, los necesitados, los hambrientos, los extranjeros, los presos, los pobres (Mt 25:31-46). Damos un regalo agradable a Jesús cuando cuidamos a una persona enferma, pasamos tiempo con una persona difícil, ayudamos a alguien por el simple hecho de ayudar, o perdonamos a alguien que nos ha lastimado. Estos son regalos dados libremente, y no pueden faltar en la vida de los cristianos. Hoy miremos nuestras manos, a menudo vacías de amor, y tratemos de pensar en algún regalo gratuito que podamos dar sin esperar nada a cambio. Debemos comenzar por entregarnos completamente a Dios y por dar a Jesús a los demás. Eso agrada al Señor. Y pidámosle: “Señor, déjame redescubrir la alegría de dar.”

¿Qué puedo hacer hoy para dar algún regalo de mí mismo, de mi tiempo o de mis bienes para mejorar la vida de los demás?

PEREGRINOS DE ESPERANZA

Oración del Año Jubilar 2025

Padre del cielo,
que la fe que nos has dado
en tu hijo, Jesucristo, nuestro hermano,
y la llama de la caridad encendida
en nuestros corazones por el Espíritu Santo,
reaviven en nosotros la esperanza bendita
de la venida de tu Reino.

Que tu gracia nos transforme
en cultivadores incansables
de las semillas del Evangelio.
Que esas semillas transformen desde dentro
tanto a la humanidad como a todo el cosmos
en la segura expectativa de un
nuevo cielo y una nueva tierra, cuando,
con los poderes del Mal vencidos,
tu gloria brillará eternamente.

Que la gracia del Jubileo
reavive en nosotros, Peregrinos de Esperanza,
un anhelo por los tesoros del cielo.
Que esa misma gracia difunda
la alegría y la paz de nuestro Redentor
por toda la tierra.
A ti, nuestro Dios, eternamente bendito,
sea la gloria y la alabanza por siempre. *Amen.*

